Esta idea, que arraigó con vivísimo anhelo en su corazón, acabó dominándola por completo; informe al principio, y madurada después con sabias reflexiones, venció uno por uno los graves inconvenientes que le representaba su imaginación: trazó, ensayó y concluyó en el pensamiento su obra, la adornó de cuanto requería, y embebida de continuo en ella, olvidó los temores pasados y hasta la quietud presente para buscar medios de realizarla.

Viósela entonces, con gran asombro de la Comunidad, que no sabía ya á qué atenerse respecto á ella, inquieta y cuidadosa, embelesada siempre en un objeto visible solo á su alma, y aunque afable y buena con todos, aislarse con mayor empeño; así, Inés y las que participaban de su modo de pensar, tornaron á juzgarla ilusa ó poseída; y si no lo creyeron, manifestaron que lo creían. Tales opiniones eran crueles tormentos para Esperanza, Juana y cuantas personas se interesaban por nuestra Santa Teresa, que observaban con angustia la constante persecución de que era objeto, las humillaciones que le hacian sufrir, y las contradicciones de las que más debían conocer y apreciar sus méritos.

Esta era la situación de la bendita religiosa cuando anudamos el interrumpido hilo de su historia.





CAPITULO VII

LA PRIMERA PIEDRA

1

de la Santa carmelita interpusieron sus ruegos para que, despreciando las acusaciones de que era objeto, le fuese perdonado el castigo que le imponían; la Priora se mostró inflexible y extremó los rigores con su humilde súbdita, que permaneció algunos días encerrada en la celda, con gran complacencia de muchas, que así juzgaban se curaría para siempre de los delirios de santidad.

En cambio el dolor de la viuda de Salcedo, María de Ocampo, Juana y Esperanza, se unía al del resto de la Comunidad, que, con pocas excepciones, sentía por la prisionera interés y compasivo afecto. La diferencia de opiniones entre ellas alejaba á unas de otras, y la perturbación de los ánimos anunciaba graves disgustos para el porvenir. En compensación de la injusticia con que la trataban, consolaba Jesucristo á su esposa en la soledad, que en vez de castigo era para ella el más suave de los regalos, pues, levantado hasta muy alto grado el amor que le llenaba el corazón, la hacía prorrumpir en tiernas quejas por lo que tardaba en unirse al Amado de su alma. Al mismo tiempo, la idea de una vida tan estrecha que recordara el fervor de los primeros ermitaños del Carmelo, crecía con el deseo de reunir muchas criaturas que, con el extremo de rigor que pudieran soportar humanas fuerzas, satisficieran á Dios, ofendido sin cesar por los herejes luteranos.

Pero ¿ cómo realizar tan gran proyecto una pobre mujer sola, y por añadidura monja, es decir, sin voluntad propia? Tocábale al Señor que le inspiraba llevarlo á cabo, y así lo hizo por tan sencillos medios como Él sólo podía hacerlo.

II

El día que se permitió á Teresa tomar parte de nuevo en la recreación, apenas podía contenerse la alegría de sus amigas en los estrechos límites que la prudencia y reserva de aquel suave carácter les marcaba. Hallábase entre ellas como si la tarde anterior hubiera disfrutado tal placer, tranquila y afable como de costumbre. ¡Cuánto tenían que comunicar con su dulce Madre los corazones de sus amantes discípulas! Mas apenas habían empezado á saborear el encanto de su grata compañía, se suscitó una animada discusión entre María de Ocampo y Espe-

ranza, que hizo fijar en ella la atención de todas.

—En realidad, — había dicho la primera, — aunque es grande mi deseo de consagrarme al Señor, no acabo de resolverme, y esto me hace carecer de la tranquilidad de espíritu que es precisa para tomar graves resoluciones.

—Pues tu vocación bien probada está; ¿qué te falta para decidirlo?—preguntó Esperanza.

—Primero una firme voluntad, —repuso con leve sonrisa la hermosa joven; —y después extraños deseos que á veces me mortifican, porque los veo imposibles de realizar.

Teresa prestó oído, aunque sin tomar parte en la conversación.

—Es la primera vez que te oigo hablar de ese modo,—dijo entonces Juana.—¿Te llama el mundo por el amor de tu familia?

—No, que me sucede muy al contrario, pues ni aquí me encuentro bastante retirada del mundo. El trato que permite esta Regla, con ser tan bueno y santo, no se aviene con mis deseos de soledad y desasimiento de todo; el regalo y abundancia que nos rodean tampoco se conforman con mis deseos de penitencia y mortificación, y éstas son las causas que retardan mi determinación.

Teresa había cerrado los ojos, y parecía abstraída de cuanto la rodeaba; las demás, acostumbradas á sus éxtasis y arrobamientos, respetaron aquel silencio y continuaron hablando entre sí.

—Si es eso lo que te preocupa, —murmuró Esperanza con un suspiro, —veo que tienes razón. Lo mismo siento que tú, y mi mayor pena es no tener absoluta soledad. La vida de los pe160

nitentes y ermitaños me agradaría más que la suave que llevamos.

-Bastante tiempo nos hemos inquietado por lo mismo, - dijo una de las religiosas que hasta entonces había escuchado en silencio; -- pero como no hay otro camino preciso es resignarnos, comprendiendo que de todos modos se puede servir dignamente al Señor.

-Pues yo, -afirmó María de Ocampo, -de tan buen grado entraría en vida más estrecha, que, si con este objeto hubiera que levantar un monasterio, ayudaría á la obra con mil ducados de mí legitima.

-No puedo decir otro tanto, porque nada poseo ya, -replicó Juana; -pero si tal cosa acaeciera, tendría por singular favor ser admitida en él.

-Y yo, -dijo resueltamente Esperanza.

- Y nosotras, - apoyaron las demás, con una entereza que probaba su buen deseo.

Teresa abrió los ojos, y las miró sonriendo.

-«No hay mejor ganancia que dejar nuestra voluntad en manos de Dios.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXII, número 2.)

Las religiosas, sorprendidas, volvieron á ella sus ojos, mientras la hija de Cepeda proseguía:

- Es mucho á lo que nos ofrecemos cuando en el Padrenuestro decimos: hágase tu voluntad (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma. cap. XXXII, núm. 4.); en tanto, hijas mías, vivid con grande paz, amándoos y trabajando unas por otras, y estad ciertas que el mayor mal de los conventos es faltar de ellos la concordia, señal cierta de haber echado fuera al Señor.

Estas palabras, que recordaban á todas las amarguras y desasosiegos de los días pasados, hicieron cubrir de rubor algunas mejillas.

-¿Según eso, hacemos mal en alimentar estos deseos? - interrogó con timidez María de Ocampo.

-No por cierto, hija mía; pero si han de ser agradables al Señor, deben hallarse limpios de toda mancha. Persevera en estos buenos própositos (si los tienes en tales condiciones). ¡Quién sabe si algún día podrás realizarlos!

III

Al concluir estas palabras, llegó una religiosa á decir á la hija de Cepeda que Doña Guiomar de Ulloa la esperaba en el locutorio.

Teresa se alejó, y las jovenes continuaron su plática, bien ajenas de que, expresándose como lo habían hecho, respondían al más ferviente anhelo de su guerida Madre.

Impaciente por saber lo que había sucedido á su amiga en el mucho tiempo que no la veía, Doña Guiomar esperaba con vivo desasosiego; era la noble dama de elevada estatura yagradable rostro, en que se notaban rasgos de la espléndida belleza que adornó su juventud; á sus distinguidas maneras se unía el irresistible encanto de una agradable conversación, clara inteligencia, firme espíritu religioso, y un corazón lleno de ardiente caridad; tal es el bosquejo físico y moral de este atractivo retrato.

Cuando llegó Sor Teresa de Jesús, la alegría de ambas fué tan sincera como poco expansiva, por más que hubiesen deseado mucho aquel instante. Le habló de mil asuntos diferentes, sin hacer alusión á los disgustos pasados, porque Doña Guiomar procuraba con gracia singular distraer á su amiga; pero Teresa contestaba maquinalmente: su pensamiento vagaba en torno de las discípulas queridas, y las palabras de María de Ocampo: «ayudaría á la obra con mil ducados de mí legitima», zumbaban en sus oídos y vibraban en su corazón. ¿Serían la primera piedra del edificio con que soñaba?

No necesitó mucho Doña Guiomar para vislumbrar de que pasaba algo extraño á la hija de Cepeda; y temerosa de que la memoria de los recientes disgustos preocuparan su ánimo, deslizó una discreta pregunta.

—¡Oh, no, señora mía!—se apresuró á contestar Teresa.—Ningún pesar turba mi espíritu; es al contrario: un consuelo tan grande que me trae embebecida y como fuera de mí.

Y refirió á su amiga la conversación que acababa de oir, descubriéndole al mismo tiempo los proyectos que en este sentido acariciaba.

—De modo, —dijo la de Ulloa cuando la religiosa terminó su relato, —que me parece muy en razón su alegría, por más que la cortedad de la suma no dé ocasión á grandes esperanzas. Sin embargo, como sabe cuánto me interesa todo lo suyo, puede contar conmigo para ayudarla en tal empresa. ¡Lástima que mi caudal no iguale á mis deseos! Pero si le parece llame á su sobrina, interroguémosla, y si su dicho no es una niñería, veremos lo que se puede hacer.

Teresa, llena de agitación porque veía empe-

zar á tomar forma real á su idea, llamó á María de Ocampo, la cual vino al punto, muy sorprendida de que su presencia fuera necesaria; pronto se halló impuesta de lo que se trataba; y prestándose á ello de todo corazón, celebraron larga conferencia, en la que una religiosa, una viuda y una doncella iban guiadas por la fe á realizar prodigios que pudieran compararse con la traslación de las montañas, de que nos habla el Evangelio.

¿Qué hablaron entre sí? Sólo Dios lo supo entonces; pero las diferentes fases que presentaba el asunto, sus ventajas y dificultades, se discutieron con la calma y energía propias de la firme resolución que las animaba.

Acabó la conversación con el propósito de encomendar al Señor el proyecto, lo cual hicieron tan fervorosamente como útil creían la anhelada Reforma.

IV

Mientras María de Ocampo, indiferente en apariencia, rogaba á Dios con todas las fuerzas de su alma, y Doña Guiomar, activa como una joven, ponía en juego sus amistades é influencias, Teresa consultaba la voluntad del divino Esposo. Un día que acababa de comulgar se le apareció el Señor, y le mandó procurase realizar pronto la obra que Él mismo le había inspirado, añadiendo «grandes promesas de que se haría el monasterio y servirían mucho á Dios en él; que se llamaría San José, y que una puerta guardaría este santo y otra la Virgen nuestra Señora; y dijo también Cristo que sería una estrella que daría de sí gran

resplandor; que aunque algunas religiones no eran perfectas, no dejaba en ellas de servirse á Dios, y que qué sería del mundo si no fuese por los religiosos.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXII, núm. 6.)

Muy alentada Teresa con la divina aprobación, determinó consultar con su confesor el modo

de dar principio á la obra.

Grandes dudas y vacilaciones promovieron en el espíritu del P. Baltasar los proyectos de la santa religiosa; no atreviéndose á rechazarlos abiertamente, ni á aceptar lo que su inteligencia no acababa de entender, se limitó á aconsejarle tratara el caso con el Provincial de su Orden.

Doña Guiomar se encargó de exponer á éste el asunto con la actividad, prudencia y secreto que requería. Entretanto la religiosa escribía á Fr. Pedro de Alcántara para que le diera su parecer; pues era tal la desconfianza que de sí tenía, que no se determinaba á cosa ninguna sino apoyada en el parecer de personas doctas y santas.

El anciano le contestó aprobando sus designios, y le aseguró que rogaría por el buen éxito

de tan provechosa empresa.

Al mismo tiempo que llegaba esta carta para tranquilizar el agitado espíritu de Teresa, fué á verla doña Guiomar llena de alegría, para darla cuenta de la favorable opinión del Provincial, el que, no sólo venía en ello, sino que ofrecía su licencia para fundar la nueva Casa; mas no satisfecha con todo esto la humildad de la hija de Cepeda, consultó también al P. Luis Beltrán, cuya fama de virtud y letras había llegado hasta Avila

con los mayores encarecimientos desde las márgenes del Turia, donde residía.

Pasaron tres ó cuatro meses sin recibir respuesta, y la ansiedad de Teresa, así como la de todas las personas que se hallaban en el secreto, era mayor cada día, aunque ninguna lo manifestaba con la impaciencia que Doña Guiomar de Ulloa.

Una mañana salía del coro la Santa reformadora, cuando la Hermana Tornera le entregó un pliego que acababa de recibir para ella; apresuráronse los latidos de su corazón al tomarle, se encaminó á la celda, rompió el sello y leyó ávidamente el contenido.

Era muy breve, pero encerraba admirables conceptos, trazados por la mano del P. Luis Beltrán.

« Madre Teresa, — decía, — recibí vuestra carta; y porque el negocio en que me pedís parecer es tan en servicio de Dios, he querido encomendárselo en mis pobres oraciones y sacrificios, y ésta ha sido la causa de haber tardado en responderle; ahora digo en nombre del mismo Señor que os arméis para tan grande empresa; que Él os ayudará y favorecerá, y de su parte os certifico que no pasarán cincuenta años sin que vuestra Religión sea una de las más ilustres que haya en la Iglesia de Dios. Él os guarde. — Fray Luis Beltrán.» (P. Yepes, lib. I, fol. 186.)

Teresa hincó en tierra las rodillas, y levantó al cielo sus ojos llenos de lágrimas.; Con qué afecto dió gracias al Señor, y cómo le demostró la alegría que llenaba su pecho! La aprobación de su Esposo celestial, la de los justos de la tierra, la

buena voluntad de las personas que la rodeaban, y los mil ducados tan generosamente ofrecidos por María de Ocampo, le permitían al fin colocar la *primera piedra* en el edificio de la Reforma.

V

Una gran animación, que anunciaba sucesos extrordinarios, se notaba en el convento de las carmelitas; la Priora, con lo que pudiéramos llamar estado mayor, casi todas ancianas de eminentes virtudes, pero intransigentes para las nuevas ideas, había constituído una especie de Consejo que, encerrado en la sala de Capítulo, permanecía en sesión secreta hacía más de tres horas: idas y venidas, rumores, vigilancias y castigos, todo se hacía á la vez; las graves noticias recibidas eran causa de estas violentas determinaciones.

¿Qué sucedía? Fácil es adivinarlo; la necesidad de empezar reveló el misterio, y Avila entera se conmovió á la primera insinuación de los proyectos de Teresa, alborotándose con ellos de suerte que lo que en la ciudad se hablaba llegó pronto á las religiosas. Por todas partes se oían comentarios exagerados, en que llamaban disparates, delirios y locura á la idea de la Reforma, y espantábanse los ociosos de que se dejaran combinar desatinos á una monja ilusa, y comprometer para realizarlos á personas respetables.

En vano Fr. Pedro Báñez, Presentado de la Orden de Santo Domingo, varón ilustre en santidad y letras, que había sido enterado de todo por Doña Guiomar de Ulloa, intentó defender á Teresa, penetrado como estaba de su recto juicio y meritoria conducta por un extraño suceso del que daremos cuenta en breves palabras.

Temerosa la de Ulloa de los muchos inconvenientes que habían de estorbar la fundación, habló al Padre Presentado de lo que intentaba su amiga; pero él, más dudoso que convencido, pidió un plazo de ocho días para dar su parecer: durante ellos cambió el Señor de tal modo sus ideas, que lo que al principio juzgaba desatinos, llegó á tenerlo por cosa fácil y hacedera. Así, tomó á su cargo amparar la causa de la hija de Cepeda con todo su poder, que no era poco, y sus buenas razones, sostenidas con firmeza, trocaron de tal modo las voluntades, que muchos se inclinaron á seguir la opinión del sabio religioso.

Pero, apenas calmada la tempestad, arreció de nuevo y con tanta furia que el escándalo fué general; volvieron á encenderse los ánimos y á volar las murmuraciones, hasta el punto que, espantado el Provincial de lo que sucedía, y de la responsabilidad que echaba sobre sí, negó en absoluto la prometida licencia.

Es verdaderamente triste cómo en toda obra que ha de hacerse para gloria de Dios se alza á combatirla el celo de los falsos profetas; apenas iniciado el pensamiento, ¡cuántas dificultades presentan! ¡Con qué negros colores pintan las consecuencias que ha de tener! Más difícil es triunfar de estos enemigos que de quienes hacen declaradamente la guerra.

VI

Tranquila en su celda, esperaba Teresa el resultado de la lucha en que tan altos intereses se debatían. Sentada junto á una mesa sobrecargada de papeles, donde apoyaba el brazo derecho, descansaba en la mano la mejilla y miraba con insistencia el dorado rayo de sol que penetraba por una ventana cubierta de rosales, cuyos delicados capullos parecía acariciar, llenándoles de luz y trasparencia. Meditaba la religiosa en el huracán que se había levantado, y rogaba mentalmente á su divino Esposo guiar la frágil barquilla de sus esperanzas hasta llevarla á puerto seguro.

Nada más sencillo que el aposento en que la encontramos, donde todo reflejaba su extremado amor á la pobreza: algunos escabeles de roble, que el tiempo y el uso se habían encargado de pulir, la mesa de que hemos hablado y el sillón que ocupaba, constituían el mobiliario.

Frente á ella colgaba de la 'pared un crucifijo de tosca escultura, aunque de muy devota expresión, y en la pequeña repisa que se apoyaba su pie había una calavera que recordaba el fin de la criatura y el deber en que ésta se halla de prepararse continuamente á él. Como últimos pormenores del cuadro que se va estudiando, añádase que en el arco de la ventana habían formado su nido unas golondrinas que llenaban el aire de suaves gorjeos, y que al lado de la religiosa había un cesto de labor lleno de lienzo grosero, cuyo trabajo acababa de soltar para entregarse á sus tareas intelectuales.

Continuaba en tanto la inquietud y discordancia de los ánimos en la sala de Capítulo; si se considera que la opinión de Doña Inés era de gran peso en el resumen de los hechos, y que, por decirlo así, se había constituído por autoridad propia fiscal de aquella causa, se comprenderá con cuánta razón María de Ocampo y sus compañeras temían el resultado.

Este llegó pronto: acusada de ser motivo de escándalo para la ciudad por querer que la juzgasen mejor que todas, de rebajar el convento donde se hallaba con pretender más estrecha vida (como si la que hasta entonces se había tenido no hubiera estado enteramente consagrada al servicio del Señor), hicieron saber á la hija de Cepeda con muy escasa caridad los males que su conducta producía, afligiéndola por cuantos caminos pudieron, y, finalmente, lograron que el P. Baltasar le prohibiera ocuparse en nada de fundación.

VII

Teresa, que había sido llamada á la sala de Capítulo para notificarle la resolución de su Prelada, tornó á la celda ya entrada la noche, y extraña tristeza se apoderó de su alma: ni veía las flores, ni oía el piar de los pajarillos que antes la halagaba como música deliciosa. Lo que más la afligía era saber que fuese voluntad de su Esposo divino que la fundación se realizara, y se reuniesen tantas voluntades para estorbarlo; y aunque estaba segura de que al cabo se haría, pesábale

que tardase el remedio de los males que sufría la Religión.

La Priora y Comunidad, muy tranquilas por haber hecho lo que su deber les imponía, y creer quitada para siempre la causa de los alborotos, descansaban sobre los laureles de su victoria.

Aquella misma tarde, y durante la hora de recreación, María de Ocampo, Juana, Esperanza y la viuda de Salcedo hablaban de los sucesos del día llenos los ojos de lágrimas y de amargura sus corazones.

—Esto es hecho, —dijo la primera; —se acabó nuestra esperanza.

—Por ahora, — repuso vivamente Juana; — si, como creemos, ha recibido Madre Teresa la inspiración de Dios, no hay miedo, que Él cuidará que se realice.

—Verdad,—apoyó lo otra religiosa; —y á este propósito recuerdo lo que muchas veces he oído decir á nuestra amada Maestra: que jamás falta el Señor á las personas desfavorecidas, porque dice David que está siempre con los afligidos. (Camino de Perfección, cap. II, núm. 1.)

No era prudente, dado el espíritu en que se hallaba la mayor parte de la Comunidad, prolongar una conversación en tan escabroso terreno; ya algunas monjas habían fijado, al pasar, miradas recelosas en este grupo, cuyas opiniones eran bien conocidas; la viuda lo hizo notar á sus compañeras; y temerosas de ser causa de nuevos sufrimientos para la que tanto amaban, se separaron prometiendo entre sí perseverar hasta que pudieran conseguir el logro de sus deseos.





CAPITULO VIII

LA BUENA NUEVA

T

A antigüedad y nobleza de la casa de Doña Guiomar de Ulloa se notaba bien en la gran sala á do quisiera yo ahora conducir al lector, decorada por costosos paños flamencos, cuyas flores y arboledas parecían deliciosos pensiles. Hallábase amueblada con un estrado de seda azul recamado de oro, y taburetes de preciosas labores; un brasero de plata colocado en el centro templaba suavemente el ligero frío que se dejaba sentir, á la vez que esparcía el perfume de las olorosas maderas que en él se quemaban. Grandes cuadros y dorados espejos adornaban las paredes y completaban el mueblaje. Vistosos bufetillos, en que el marfil y la plata formaban artísticas combinaciones.

Contrastaba con tanta riqueza el traje de la noble viuda, que consistía en una saya negra y